

El amanecer en Francia

A la protesta en Espira y la confesión de Augsburgo le siguieron años de conflicto y oscuridad. Debilitado por las divisiones, el protestantismo parecía destinado a ser destruido.

Pero, en el momento de su aparente triunfo, el emperador fue herido por la derrota. Finalmente, se vio obligado a concederles tolerancia a las doctrinas cuya destrucción era la ambición de su vida. Vio sus ejércitos diezmados en la batalla, sus tesoros agotados y sus muchos reinos amenazando rebelarse, mientras que la fe que se había esforzado por suprimir se estaba extendiendo. Carlos V había estado batallando contra el poder Omnipotente. Dios había dicho: “¡Que exista la luz!”, pero el emperador había tratado de mantener la oscuridad intacta. Agotado por la larga lucha, abdicó el trono y se encerró en un claustro.

En Suiza, mientras muchos cantones aceptaban la fe reformada, otros se aferraban a los credos de Roma. La persecución provocó la guerra civil. Zuinglio y muchos otros que se habían unido en la Reforma cayeron en el sangriento campo de Capel. Roma, jubilosa, parecía que en muchos lugares estaba por recobrar todo lo que había perdido. Pero Dios no había abandonado su causa ni a su pueblo. Levantó obreros en otros países para que llevaran adelante la Reforma.

En Francia, uno de los primeros en recibir la luz fue Lefevre, un profesor de la Universidad de París. En sus investigaciones de la literatura antigua, su atención fue dirigida a la Biblia, e introdujo el estudio de ella entre sus alumnos. Se había propuesto preparar una historia de los santos y los mártires, tal como se presentaba en las leyendas de la iglesia, y había avanzado considerablemente en ella, cuando, pensando que podría obtener ayuda de la Biblia, comenzó a estudiarla. Entonces encontró santos, pero no como los presentaba el calendario [católico] romano. Con disgusto, abandonó la tarea que se había propuesto primero y se consagró a estudiar la Palabra de Dios.

En 1512, incluso antes de que Lutero o Zuinglio hubieran empezado la obra de reforma, Lefevre escribió: “Es Dios el que nos da, por medio de la fe, la justicia que solamente por gracia justifica para vida eterna”. Y mientras enseñaba que la gloria de la salvación le pertenece solamente a Dios, también declaró que el deber de la obediencia le pertenece al ser humano.

Algunos de los estudiantes de Lefevre lo escuchaban de buena gana, y mucho tiempo después de que la voz del maestro fuese silenciada, continuaron declarando la verdad. Entre ellos se encontraba Guillermo Farel. Hijo de padres piadosos y

católico devoto, ardía de celo por destruir a todos los que se atrevieran a oponerse a la iglesia. “Solía rechinar mis dientes como un lobo furioso –dijo más tarde– cuando oía que alguno hablaba contra el Papa”. Pero la adoración a los santos, el culto en los altares y los adornos y las dádivas entregadas en los santuarios no podían traerle paz al alma. La convicción de pecado lo dominaba, y ningún acto de penitencia podía desterrar ese sentimiento. Él escuchó las palabras de Lefevre: “La salvación es por gracia”. Es la Cruz de Cristo sola lo que abre las puertas del Cielo y cierra las puertas del infierno”.¹

Pasando por una conversión semejante a la de Pablo, Farel abandonó la esclavitud de la tradición y llegó a la libertad de los hijos de Dios. “En lugar del corazón homicida de un lobo voraz”, decía él, se había convertido en “un hombre tranquilo como un cordero manso e inofensivo, cuyo corazón estaba completamente vuelto del Papa a Cristo Jesús”.²

Mientras Lefevre esparcía la luz entre los estudiantes, Farel avanzó para declarar la verdad en público. Un dignatario de la iglesia, el obispo de Meaux, pronto se le unió. Otros maestros se le unieron para proclamar el evangelio, y se ganaron adherentes entre todas las clases sociales, desde los hogares de artesanos y campesinos hasta el palacio de los reyes. La hermana de Francisco I aceptó la fe reformada. Con grandes esperanzas, los reformadores esperaban el tiempo en que Francia fuera ganada para el evangelio.

El Nuevo Testamento en francés

Pero sus esperanzas no llegarían a convertirse en realidad. A los discípulos de Cristo les aguardaban pruebas y persecuciones. Sin embargo, sobrevino un tiempo de paz para que adquirieran fuerzas con el fin de hacer frente a la tempestad; y la Reforma hizo rápidos progresos. Lefevre se abocó a la traducción del Nuevo Testamento; y precisamente en el momento en que la Biblia en alemán de Lutero salía de las prensas de Wittenberg, se publicó en Meaux el Nuevo Testamento en francés. Pronto los campesinos de aquel lugar contaron con las Sagradas Escrituras. Los obreros del campo y los artesanos de los talleres alegraban sus días de arduo trabajo hablando de las preciosas verdades de la Biblia. Aunque pertenecían a la clase más humilde, la de los obreros incultos y laboriosos, podía verse en su vida el poder reformador y edificante de la gracia divina.

La luz encendida en Meaux reflejó sus rayos hasta lugares distantes. Todos los días aumentaba el número de conversos. La ira del clero se mantuvo por un tiempo en jaque por la intervención del rey, pero los dirigentes papales finalmente prevalecieron. Se encendió la hoguera, y muchos dieron testimonio de la verdad en medio de las llamas.

En los castillos señoriales y en el palacio había personas nobles que valoraban la verdad por encima de la riqueza, del rango o aun de la vida. Luis de Berquin era

¹Ibid., lib. 13, cap. 2.

²D'Aubigné, lib. 12, cap. 3.

de origen noble, se dedicaba al estudio, y poseía modales distinguidos; además, tenía una moral intachable. “Como corona de todas sus demás virtudes, aborrecía en forma especial el luteranismo”. Pero, después de haber sido guiado por la Providencia a estudiar la Biblia, se admiró de encontrar allí “no las doctrinas de Roma, sino las doctrinas de Lutero”. De este modo, se consagró a la causa del evangelio.

Los romanistas de Francia lo arrojaron a la cárcel como hereje, pero fue puesto en libertad por el rey Francisco I, que durante años osciló entre Roma y la Reforma. Las autoridades papales encarcelaron tres veces a Berquin, solo para que el monarca lo liberara, pues rehusaba sacrificarlo a la malicia del clero. El reformador recibió repetidas advertencias del peligro que lo amenazaba en Francia, y lo animaron a seguir en los pasos de los que habían hallado seguridad en un exilio voluntario.

El valiente Berquin

Pero el celo de Berquin tan solo iba en aumento. Se decidió a usar medidas más valientes. No solamente se mantenía firme en defensa de la verdad, sino también atacaba el error. Los opositores más activos eran los monjes instruidos del departamento teológico de la Universidad de París, una de las autoridades eclesiásticas más altas de la nación. De los escritos de estos eruditos, Berquin extrajo doce proposiciones que públicamente declaró “contrarias a la Biblia”, y apeló al rey para que fuera juez en la polémica.

El monarca, gozoso por la oportunidad de humillar el orgullo de estos monjes engreídos, pidió que los romanistas defendieran su causa con la Biblia. Pero esta arma les servía de poco; la tortura y la hoguera eran instrumentos que sabían esgrimir mejor. Ahora ellos vieron que estaban por caer en el foso en el que habían esperado echar a Berquin, y buscaron un medio de escape.

“Precisamente en ese tiempo fue mutilada una imagen de la Virgen, que estaba situada en una de las esquinas de la ciudad”. Multitudes acudieron al lugar lamentándose e indignados. El rey fue hondamente conmovido. “Estos son los frutos de las doctrinas de Berquin –clamaban los monjes–. Esta conspiración luterana está a punto de derrocarlo todo: la religión, las leyes, el trono mismo”.³

El rey se retiró de París, y los monjes se vieron en libertad para poner en práctica su voluntad. Berquin fue juzgado y condenado a muerte, y a menos que Francisco I se interpusiera para salvarlo, la sentencia sería ejecutada el mismo día en que fue pronunciada. Al mediodía, una inmensa multitud se congregó para presenciar el acontecimiento, y muchos vieron con asombro que habían elegido la víctima de entre las familias más valientes y nobles de Francia. Los rostros de la multitud que se agolpaba se ensombrecieron con estupor, indignación, desprecio y resentido odio, pero en un rostro no había ninguna sombra; el mártir estaba solamente consciente de la presencia de su Señor.

³ *Ibid.*

El rostro de Berquin estaba radiante con la luz del Cielo. Vestía “una capa de terciopelo, jubón de raso y damasco y calzas doradas”.⁴ Estaba por testificar de su fe en la presencia del Rey de reyes, y ningún rastro de duelo debía empañar su gozo.

Mientras la procesión se movía lentamente por las calles atestadas, el público notaba con admiración el gozoso júbilo que se reflejaba en su rostro. “Se parece –decían– a quien está sentado en un templo y medita en cosas sagradas”.

Berquin en la hoguera

En la estaca de la hoguera, Berquin trató de dirigir unas pocas palabras al pueblo; pero los monjes empezaron a gritar y los soldados a golpear las armas, de tal forma que sus ruidos ahogaron la voz del mártir. Así, en 1529, las más altas autoridades eclesiásticas de la culta París “dieron al populacho de 1793 el mal ejemplo de sofocar en la horca las palabras sagradas de los moribundos”.⁵ Berquin fue estrangulado, y su cuerpo fue consumido por las llamas.

Los maestros de la fe reformada partieron hacia otros campos. Lefevre fue a Alemania. Farel regresó a su ciudad natal en el este de Francia para esparcir la luz en la tierra de su niñez. La verdad que enseñaba encontró oyentes, pero el predicador pronto fue desterrado de la ciudad. Atravesó las aldeas, enseñando en casas privadas y en campos apartados, hallando refugio en los bosques y entre las cavernas rocosas que había frecuentado en la niñez.

Así como en los días apostólicos, la persecución había “contribuido al avance del evangelio” (Filipenses 1:12). Expulsados de París y de Meaux, “los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban” (Hechos 8:4). Así, la luz se abrió paso hasta llegar a muchas provincias remotas de Francia.

El llamamiento de Calvino

En una de las escuelas de París estudiaba un joven reflexivo y reservado que se destacaba por la corrección de su vida, el ardor intelectual y la devoción religiosa. Su inteligencia y su esfuerzo lo convirtieron en el orgullo del colegio, y se anticipaba confiadamente que este joven, Juan Calvino, llegaría a ser uno de los más capaces defensores de la iglesia.

Pero un rayo de la luz divina penetró en los muros del escolasticismo y la superstición que encerraban a Calvino. Olivetan, un primo de Calvino, se había unido a los reformadores. Ambos parientes discutían entre sí los asuntos que perturbaban al cristianismo. “Hay solamente dos religiones en el mundo –dijo Olivetan, el protestante–. Una [...], inventada por los seres humanos, en [...] la que el individuo se salva a sí mismo mediante ceremonias y buenas obras; la otra es la única religión revelada en la Biblia, y que le enseña al ser humano a buscar la salvación únicamente por la gracia de Dios”.

⁴ D'Aubigné, *History of the Reformation in Europe in the Time of Calvin* [Historia de la Reforma en Europa en el tiempo de Calvino], lib. 2, cap. 16.

⁵ Wylie, lib. 13, cap. 9.

“No acepto ninguna de tus nuevas doctrinas –exclamó Calvino–; ¿piensas tú que he vivido en el error toda mi vida?”⁶ Pero, cuando se encontró solo en su habitación, consideró las palabras de su primo. Se vio a sí mismo sin Intercesor en la presencia de un Juez santo y justo. Las buenas obras, las ceremonias de la iglesia, ninguna de estas cosas tenían el poder de expiar los pecados. La confesión, la penitencia, no podían reconciliar al alma con Dios.

Testigo de un martirio

Al pasar un día, por casualidad, por una de las plazas, Calvino presenció la muerte de un hereje en la hoguera. En medio de las torturas de esa muerte terrible, y bajo la horrenda condenación de la iglesia, el mártir manifestó una fe y un valor que el joven estudiante no pudo menos que contrastar penosamente con su propia desesperanza y la oscuridad que lo rodeaba. Sabía que los “herejes” fundaban su fe en la Biblia; por lo tanto, decidió estudiarla y descubrir el secreto del gozo de aquellos.

En la Biblia encontró a Cristo. “Oh Padre –exclamó–, el sacrificio de Cristo ha aplacado tu ira; su sangre ha lavado mis impurezas; su Cruz ha cargado mi maldición; su muerte hizo expiación por mí. [...] Has tocado mi corazón, para que considere una abominación todos los otros méritos fuera de los de Jesús”.⁷

Entonces decidió consagrar su vida al evangelio. Pero era tímido por naturaleza y deseaba dedicarse al estudio. Sin embargo, los pedidos fervientes de sus amigos lograron que aceptara llegar a ser un maestro público. Sus palabras eran como un rocío que caía para refrescar la tierra. Ahora se encontraba en una ciudad de provincia bajo la protección de la princesa Margarita, que, como amante del evangelio, extendía su amparo a los que lo profesaban. La obra de Calvino comenzó en los hogares de la gente. Los que oían el mensaje llevaban las buenas nuevas a los demás. Él avanzaba colocando el fundamento de iglesias que producirían testigos valientes para la verdad.

París recibiría otra invitación para aceptar el evangelio. Los llamados de Lefevre y de Farel habían sido rechazados, pero de nuevo el mensaje tenía que ser oído por todas las clases sociales de la gran capital. El rey no se había puesto totalmente de parte de Roma y en contra de la Reforma. Margarita resolvió que la fe reformada tenía que predicarse en París. Ordenó que un ministro protestante predicara en las iglesias, pero como los dignatarios papales lo habían prohibido, la princesa abrió su palacio para ello. Se anunció que todos los días se predicaría un sermón, y se invitó a la gente a concurrir. Millares se reunían cada día.

El rey ordenó que se abrieran dos de las iglesias de París para estas reuniones. La ciudad nunca había sido tan conmovida por la Palabra de Dios. La temperancia, la pureza, el orden y la laboriosidad estaban reemplazando a la ebriedad, el desenfreno, la pelea y la holgazanería. Pero, aunque muchos aceptaron el evangelio, la mayoría del pueblo lo rechazó. Los partidarios del Papa tuvieron éxito en volver al predominio. De nuevo se cerraron las iglesias, y la hoguera volvió a arder.

⁶Wylie, lib. 13, cap. 7.

⁷Martyn, t. 3, cap. 13.

Calvino estaba todavía en París, y las autoridades resolvieron enviarlo a la hoguera. Él ni siquiera sospechaba de nada, cuando sus amigos llegaron apresuradamente a su habitación con la noticia de que los funcionarios estaban en camino para arrestarlo. Al instante se oyó que alguien llamaba con violencia a la puerta que daba a la calle. No había tiempo que perder. Los amigos demoraron a los funcionarios en la puerta, mientras otros ayudaban al reformador a bajar por una ventana, y rápidamente llegó a la cabaña de un jornalero que era amigo de la Reforma. Se disfrazó con la ropa de ese hombre y, cargando una azada, comenzó su viaje. Viajó hacia el sur, y de nuevo encontró refugio en los dominios de Margarita.

Calvino no podía permanecer inactivo. Tan pronto como la tormenta se hubo calmado un poco, buscó un nuevo campo de trabajo en Poitiers, donde las nuevas opiniones habían obtenido el favor del pueblo. Gente de toda clase escuchaba alegremente el evangelio. Al aumentar el número de oyentes, consideraron que era más seguro reunirse fuera de la ciudad. Eligieron una caverna en la que los árboles y las rocas sobresalientes disimulaban completamente el lugar. En ese punto retirado, leían y explicaban la Biblia. Aquí los protestantes de Francia celebraron por primera vez la Cena del Señor. De esta pequeña iglesia enviaron evangelistas a otros lugares.

Una vez más, Calvino regresó a París, pero encontró que casi todas las puertas y las oportunidades de trabajar estaban cerradas. Finalmente decidió partir hacia Alemania. Apenas salió de Francia, se desencadenó una tormenta sobre los protestantes. Los reformadores franceses resolvieron asestar un golpe contra las supersticiones de Roma que hiciera despertar a toda la nación. Una noche, colocaron en toda Francia carteles que atacaban la misa. Este movimiento entusiasta, pero imprudente, les dio a los romanistas un pretexto para exigir la destrucción de los “herejes” por considerarlos agitadores peligrosos para el trono y para la paz de la nación. Uno de los carteles fue colocado en la puerta de la habitación privada del rey.

La temeridad inigualada de introducir estas alarmantes manifestaciones dentro de los predios reales despertó la ira del monarca. Su cólera se manifestó en las terribles palabras: “Deténgase a todos los sospechosos de luteranismo sin distinción. Los exterminaré a todos”.⁸ El rey había decidido ponerse completamente del lado de Roma.

Un reinado del terror

Un pobre adherente a la fe reformada, quien acostumbraba convocar a los creyentes a sus asambleas secretas, fue capturado. Amenazándolo con una muerte inmediata en la hoguera, se le ordenó que condujera al emisario papal a la casa de todo protestante de la ciudad. El miedo a las llamas prevaleció, y este hombre aceptó traicionar a sus hermanos. Morin, el detective real, junto con el traidor, pasaron lenta y silenciosamente por las calles de la ciudad. Cuando llegaban frente a la casa de un luterano, el traidor hacía una señal, sin pronunciar palabra. La procesión se detenía, entraban en la casa, encadenaban a la familia y la sacaban, y la compañía

⁸ D'Aubigné, lib. 2, cap. 30.

proseguía en busca de nuevas víctimas. “Morin hizo temblar a toda la ciudad. [...] Fue un reinado del terror”⁹

Las víctimas fueron entregadas a la muerte en medio de crueles torturas, pues se había ordenado especialmente que las quemasen a fuego lento, con el fin de prolongar su agonía. Pero murieron como conquistadores, con una persistencia inmovible y en medio de una paz imperturbable. Los perseguidores se sintieron derrotados. “Toda París pudo ver qué clase de personas podían ser producidas por las nuevas ideas. No había púlpito tan eficaz como la hoguera de los mártires. El gozo sereno que iluminaba los rostros de esas personas mientras eran llevadas al lugar de ejecución [...] proclamaba con irresistible elocuencia las bondades del evangelio”.¹⁰

A los protestantes se los acusó de estar tramando masacrar a los católicos, derrocar al Gobierno y asesinar al rey, aunque no podía presentarse ni un vestigio de evidencia que sostuviera esa acusación. Pero las crueldades infligidas contra los inocentes protestantes rindieron fruto en el futuro, y en los siglos posteriores trajeron sobre el rey, su Gobierno y sus súbditos el mismo desastre que habían predicho. Pero esas acciones fueron realizadas por los incrédulos y por los papistas mismos. La represión del protestantismo traería sobre Francia estas terribles desgracias.

Ahora prevalecían las sospechas, la desconfianza y el terror en todas las clases sociales. Millares huyeron de París, como expatriados voluntarios de su tierra natal, dando así en muchos casos el primer indicio de que estaban del lado de la fe reformada. Los partidarios del Papa se asombraron al observar la clase insospechada de “herejes” que habían tolerado entre ellos.

Se prohíbe la imprenta

Francisco I se había deleitado en reunir en su corte a hombres de letras de todos los países. Pero, inspirado por el celo de desterrar la herejía, este mecenas del conocimiento proclamó un edicto para prohibir la imprenta en toda Francia! Francisco I constituye uno de los muchos ejemplos que revelan que la cultura intelectual no es una salvaguardia contra la intolerancia y la persecución religiosa.

Los sacerdotes exigieron que el agravio hecho al Alto Cielo por haber condenado la misa fuera expiada con sangre. Se determinó que el 21 de enero de 1535 se realizaría la terrible ceremonia. Delante de cada puerta se encendió una antorcha en honor del “santo sacramento”. Antes del amanecer, se formó la procesión en el palacio del rey.

“El obispo de París llevaba la hostia bajo un magnífico palio [...] sostenido por cuatro príncipes de linaje real. [...] Tras ellos caminaba el rey. [...] Ese día, Francisco I no llevaba corona ni el manto de su investidura real”.¹¹ En cada altar, se inclinaba con humillación, no por los vicios que corrompían su alma, ni por la sangre inocente que manchaba sus manos, sino por el “terrible pecado” de sus súbditos que habían osado condenar la misa.

⁹ *Ibid.*, lib. 4, cap. 10.

¹⁰ Wylie, lib. 13, cap. 20.

¹¹ *Ibid.*, lib. 13, cap. 21.

En la gran sala del palacio del obispo apareció el monarca y, con palabras de conmovedora elocuencia, lamentó “el crimen, la blasfemia, el día de dolor y desgracia” que había sobrevenido a la nación. Luego pidió a cada súbdito leal que ayudara a extirpar la pestilente “herejía” que amenazaba a Francia con la ruina. Las lágrimas le ahogaron la voz y la asamblea entera lloró mientras exclamaba unánimemente: “¡Viviremos y moriremos por la religión católica!”¹²

La gracia de Dios, “la cual trae salvación”, había aparecido, pero Francia, que fue iluminada por su brillo, la rechazó, eligiendo las tinieblas antes que la luz. Habían llamado a lo malo bueno y a lo bueno malo, hasta que cayeron víctimas de su propio autoengaño. Rechazaron voluntariamente la luz que los habría salvado del engaño y de manchar su alma con culpa de sangre.

De nuevo se formó la procesión. “A corta distancia se habían erigido hogueras sobre las cuales quemarían vivos a algunos cristianos protestantes; se dispuso que encenderían las piras en el momento en que se acercaba el rey, y que la procesión se detendría para presenciar la ejecución”.¹³ Las víctimas no mostraron vacilación. Al exigírsele que se retractara, uno contestó: “Yo solo creo en lo que los profetas y los apóstoles predicaron en el pasado, y lo que creyó toda la compañía de los santos. Mi fe tiene su confianza en Dios, quien resistirá todos los poderes del infierno”.¹⁴

Al llegar al palacio, la muchedumbre se dispersó y el rey y los prelados se retiraron, felicitándose de que la obra continuaría hasta lograr una destrucción completa de la “herejía”.

El evangelio de la paz que Francia rechazó iba a ser desarraigado con toda seguridad, y los resultados serían terribles. El 21 de enero de 1793, otra procesión recorrió las calles de París. “De nuevo el rey era la figura principal; otra vez la multitud clamaba; de nuevo se oían los gritos que pedían más víctimas; de nuevo había oscuros cadalsos; y de nuevo las escenas del día terminaron con horribles ejecuciones. Luis XVI, forcejeando con los carceleros y con los verdugos, fue arrastrado hasta la guillotina, y allí lo sostuvieron por la fuerza hasta que la cuchilla cayó y su cabeza, separada del cuerpo, rodó sobre el cadalso”.¹⁵ Cerca del mismo sitio, 2.800 personas murieron decapitadas por la guillotina.

La Reforma le había presentado al mundo una Biblia abierta. El Amor infinito había abierto delante de los seres humanos los principios del Cielo. Cuando Francia rechazó el don del Cielo, sembró la semilla de la ruina. El resultado inevitable de la ley de causa-efecto fue lo que se conoce históricamente como la Revolución Francesa y “el Terror”.

El valiente y entusiasta Farel se vio obligado a huir de su tierra natal a Suiza. Sin embargo, continuó ejerciendo una decidida influencia sobre la reforma en Francia. Con ayuda de otros exiliados, tradujeron al francés los escritos de los reformadores alemanes y los imprimieron en grandes cantidades junto con la

¹² D'Aubigné, lib. 4, cap. 12.

¹³ Wylie, lib. 13, cap. 21.

¹⁴ D'Aubigné, lib. 4, cap. 12.

¹⁵ Wylie, lib. 13, cap. 21.

Biblia en francés. Los colportores vendieron estas obras en forma muy extensa en Francia.

Farel inició su obra en Suiza bajo el humilde disfraz de un maestro de escuela, introduciendo cuidadosamente las verdades de la Biblia. Algunos creyeron, pero los sacerdotes intentaron detener la obra, y los supersticiosos fueron inducidos a oponerse a ella. “Ese no puede ser el evangelio de Cristo –instaban los sacerdotes–, puesto que la predicación de estas ideas no trae paz sino guerra”.¹⁶

Farel iba de aldea en aldea, soportando hambre, frío y cansancio, y hallando por todas partes peligro para su vida. Predicaba en los mercados, en las iglesias y, a veces, en los púlpitos de las catedrales. Más de una vez fue golpeado hasta casi quedar muerto. Sin embargo, avanzó. Vio abrirse al evangelio, una a una, aldeas y ciudades que habían sido fortalezas del papado.

Farel había tenido el deseo de plantar el estandarte del protestantismo en Ginebra. Si esta ciudad llegara a ganarse, sería un centro para la Reforma en Francia, Suiza e Italia. Muchas de las ciudades y villas vecinas habían sido ya ganadas.

Con un solo compañero, entró en Ginebra. Pero pudo predicar solamente dos sermones. Los sacerdotes lo convocaron primero a un concilio eclesiástico, con armas escondidas debajo de sus hábitos, determinados a darle muerte. Una multitud furiosa se reunió para asegurarse de su muerte si lograba escapar del concilio. Sin embargo, la presencia de los magistrados y de una fuerza armada lo salvó. Temprano por la mañana del siguiente día fue conducido a través del lago a un lugar seguro. Así terminó su primer esfuerzo por evangelizar Ginebra.

Para el siguiente intento eligieron un instrumento más sencillo: un joven de apariencia tan humilde que fue fríamente tratado aun por los profesos amigos de la Reforma. Pero ¿qué podría hacer uno como él donde Farel había sido rechazado? “Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos” (1 Corintios 1:27).

Fromento, el maestro de escuela

Fromento comenzó su obra como maestro de escuela. Les enseñaba verdades a los niños en la escuela, que luego ellos repetían en sus hogares. Pronto, los padres acudieron a escuchar la explicación de la Biblia. Se distribuyeron ejemplares del Nuevo Testamento y folletos. Después de un tiempo, también este obrero se vio obligado a huir, pero las verdades que enseñó ya se habían implantado en la mente de los habitantes del pueblo. La Reforma había sido establecida. Los predicadores regresaron, y el culto protestante se afianzó finalmente en Ginebra.

La ciudad se había decidido ya en favor de la Reforma cuando Calvino entró por sus puertas. El reformador se dirigió a Basilea, cuando se vio obligado por las circunstancias a tomar un camino de rodeo que pasaba por Ginebra.

En esa visita, Farel reconoció la mano de Dios. Aunque Ginebra había aceptado la fe reformada, la obra de regeneración en el corazón debía realizarse por el poder

¹⁶Wylie, lib. 14, cap. 3.

del Espíritu Santo, no por decreto de concilios. Aunque el pueblo de esta ciudad había desechado la autoridad de Roma, no estaba tan dispuesto a renunciar a los vicios que habían florecido bajo su dominio.

En el nombre de Dios, Farel exhortó al joven evangelista a que se quedara y trabajara allí. Calvino se sintió alarmado. Quería evitar el trato directo con el espíritu fuerte e incluso violento de los ginebrinos. Deseaba encontrar un lugar tranquilo para estudiar y desde allí, por medio de la prensa, instruir y edificar a las iglesias. Pero no se atrevió a rechazar la tarea que le era propuesta. Le pareció “que la mano de Dios se había extendido desde el Cielo, y que se posaba sobre él, y lo colocaba justamente en el lugar que tan impacientemente quería abandonar”.¹⁷

El tronar del anatema

Los anatemas del Papa tronaron contra Ginebra. ¿Cómo habría de resistir esta pequeña ciudad a la poderosa jerarquía que había obligado a reyes y emperadores a someterse?

Habiendo pasado los primeros triunfos de la Reforma, Roma reunió nuevas fuerzas para lograr su destrucción. Se creó la orden de los jesuitas, la más cruel, inescrupulosa y poderosa de todos los paladines del papado. Reprimiendo todo sentimiento de afecto natural, y con la conciencia totalmente silenciada, no conocían otra regla, otro vínculo, sino los de su orden.

El evangelio de Cristo había capacitado a sus adherentes para soportar sufrimientos sin ser amedrentados por el frío, el hambre, la fatiga y la pobreza; para sostener la verdad a pesar del tormento, el calabozo y la hoguera. El jesuitismo inspiraba a sus seguidores un fanatismo que los hizo capaces de soportar iguales peligros, y de oponer al poder de la verdad todas las armas del engaño. No había crimen demasiado grande que pudiera cometerse, no había engaño demasiado bajo que pudiera practicarse, ni había disfraz demasiado difícil de adoptar. Tenían el propósito específico de abatir el protestantismo y restablecer la supremacía papal.

Bajo un manto de santidad, visitaban prisiones y hospitales, ministraban a los enfermos y a los pobres y llevaban el sagrado nombre de Jesús, que anduvo haciendo el bien; pero debajo de este exterior impecable a menudo se ocultaban propósitos criminales y mortíferos.

Un principio fundamental de la orden era que el fin justifica los medios. Mentir, robar, hacer el mal y asesinar eran cosas dignas de elogio cuando servían a los intereses de la iglesia. Bajo el manto jesuítico, lograban entrar en las oficinas del Estado, escalando hasta ser consejeros de reyes y para darles forma a las políticas de las naciones. Se hacían siervos para espionar a sus amos. Establecieron colegios para los príncipes y los nobles, y escuelas para el pueblo común. Los hijos de padres protestantes eran llevados a observar los ritos papales. Así, los hijos traicionaron la libertad por la que los padres habían trabajado penosamente. Dondequiera que iban los jesuitas, seguía un reavivamiento del papismo.

¹⁷ D'Aubigné, lib. 9, cap. 17.

Con el fin de darles mayor poder, se promulgó una bula que restablecía la Inquisición. Este terrible tribunal fue de nuevo instaurado por los gobernantes partidarios del Papa, y en sus secretos calabozos se repitieron atrocidades tan terribles que no pueden soportar la luz del día. En muchos países, miles y miles que pertenecían a la flor y nata de la nación, los más intelectuales y altamente educados, fueron muertos u obligados a huir a otros países.

Victorias para la Reforma

Estos fueron los medios que utilizó Roma para apagar la luz de la Reforma y restaurar la ignorancia y la superstición de la Edad Media, la Edad Oscura. Pero, bajo la bendición de Dios y por el esfuerzo de hombres nobles que él levantó para suceder a Lutero, el protestantismo no fue derrocado. Esta fortaleza no se debió a las armas de los príncipes. Las naciones más humildes y menos poderosas llegaron a ser sus bastiones. Fueron la pequeña Ginebra; Holanda, combatiendo contra la tiranía de España; la desierta y estéril Suecia, quienes ganaron victorias para la Reforma.

Durante casi treinta años, Calvino trabajó desde Ginebra, procurando el avance de la Reforma por toda Europa. Su conducta no fue perfecta, ni estaban sus doctrinas libres de error; pero él fue clave para proclamar verdades de una importancia especial, para mantener el protestantismo frente a la ola papal que rápidamente regresaba, y para promover en las iglesias reformadas la sencillez y la pureza de vida.

Desde Ginebra salían publicaciones y maestros para esparcir las doctrinas reformadas. Desde este punto esperaban todos los países recibir instrucción y ánimo. La ciudad de Calvino llegó a ser un refugio para los perseguidos reformadores de toda la Europa occidental. Eran recibidos cálidamente y los cuidaban amablemente; y al encontrar allí su hogar, bendecían a la ciudad adoptiva con su saber, su capacidad y su piedad. Juan Knox —el valiente reformador escocés—, no pocos de los puritanos ingleses, protestantes de Holanda y de España, y los hugonotes de Francia, llevaron desde Ginebra la antorcha de la verdad para iluminar las tinieblas de sus países natales.